

Día con día te arrojas sin amarras al mar de las circunstancias que conforman el contexto donde existes; día a día, providencialmente has regresado al puerto, a veces con buena pesca, a veces con redes vacías, y otras, lleno de consternaciones gratuitas por tu invariable necesidad.

Cuando te miro así, sin que me digas nada, sé que de nuevo te atormenta la impotencia que sientes ante la rigidez de las normas de este mundo que no te acomoda.

Cuando te miro así, sé que otra vez, te lastimas muy adentro, por anhelos lejanos y prohibidos.

No sé por qué, invariablemente, cuando te agobian tus malestares, acudes a mí, para escuchar toda esta letanía de recriminaciones a tu masoquismo. En realidad, no sé siquiera si me escuchas o si toda la cascada de regaños sean para ti como ráfagas que pudieran avivar los rescoldos de tu conciencia.

Sufres por tu gusto, por tu empecinamiento, le pides a la vida lo que no es para ti. Eres un inconforme. Tan fácil que es aceptar y valorar lo que te ha tocado. Siempre te lo he dicho, recuérdalo: "Debemos ser prácticos y sacarle el mayor jugo posible a nuestra estancia en este *purgaiso terrenal*". Todo hombre prudente y sensato se somete sin resistencia de ninguna especie al eterno ciclo vital.

Entre menos oposición le ponga a la inexorable marcha de su devenir, aceptando buenamente lo que le depare, de acuerdo a sus recursos y capacidades, más ligera será su carga y además se ahorrará buena cantidad de sufrimientos y frustraciones.

Mírame y mira a tantas otras personas que todos los días, sin excepción, cumplimos con la misión de vivir. Se tienen problemas, claro, pero los de rigor, los comunes, los que no te llegan a carcomer.

Creo que satisfaciendo las necesidades primarias, todo lo demás ya es lujo. Y si de lujos hablamos, bien que te los puedes dar, pero sólo los que estén a tu alcance. ¿Placeres?, todos los que se puedan gozar sin problemas: ¡bienvenidos! Pero, aquellos que no se puedan, ni hablar, se descartan y ya. Para qué te atormentas. Es inútil, no tiene sentido.

Tienes que aprender, por tu propia salud, a conformarte. Se puede vivir tan bien cuando logras apagar los impulsos instintivos, cuando eres capaz de soslayar deseos espontáneos; vaya: cuando domas el carácter y consigues responder con acierto a cada una de las circunstancias que se te van presentando.

Vivir: es todo un arte, un arte que se va depurando y lubricando, hasta que sientes que te deslizas y todo es de bajada. De otro modo, te la pasas así como corriendo detrás de algo que no puedes

alcanzar y entonces te agotas, te deprimas, como perro de galgódromo persiguiendo de manera infructuosa a ese ingrato señuelo. Te caes, buscas el sosiego pasajero que te dan las étlicas lamentaciones (¡salud!), agarras algo de aire, sólo para volver a salir corriendo a andar los mismos caminos. Eso no es vida.

Un día te sientes decidido, parece que todo va bien, por un poco de tiempo te sientes dueño de la situación, estás a un paso de brincar la tranca, que significaría tu liberación, pero... de pronto te vuelve a vencer tu debilidad, se rebela tu espíritu indómito y se retrocede en lo que se había avanzado y en consecuencia, otra vez la caída, la angustia.

Yo quisiera ayudarte de verdad (pásame otra), si nada más estuviera de decir: hágase y ya, todo está bien, ya cambiaste, ya eres una persona práctica que no se toma las cosas tan a pecho. Pero, nada, no se puede hacer nada si tú no quieres. Para qué te digo que lo intentes, que te esfuerces. En realidad es imposible ponerse en los zapatos de otra persona "sólo la cuchara sabe lo que trae el jarro".

Necesitas extirpar de *motu proprio* todo aquello que te consume, como un cáncer maligno y progresivo. Debe salir de raíz.

Renuncia compadre. Empieza mañana de nuevo. Olvida. Hazte sordo a tus inquietudes, sácale la

vuelta a tus voces internas. Mira... imagina que te cambias de casa; cuando te mudas, al principio extrañas muchas cosas: tus espacios conocidos, eras capaz de encontrar a ciegas y sin error los muebles, los interruptores de la luz, tus objetos necesarios. Quizá extrañes las manchas peculiares del piso del baño o del cielo raso de tu cuarto, a las que les habías encontrado formas caprichosas y ya familiares. Quizá también extrañes a tus vecinos, aunque a veces son sólo como la escenografía o un punto de referencia para llegar a tu casa. Con el tiempo vas olvidando y te adaptas a lo nuevo y empiezas a asociar ideas con tu nuevo entorno, así como untarle algo de tu vida a las cosas que te rodean, para reconocerlas y reconocerte en ellas, para asegurarte que sigues vivo. Es algo así como una herida que duele mucho, pero con el tiempo va sanando y termina por ser una cicatriz que se olvida. Es casi lo mismo.

Quizá te vas a sentir un poco raro, porque una persona como tú, que siempre ha puesto sus emociones sobre la razón, es difícil que de la noche a la mañana invierta todo. Pero, es que hasta me parece y tengo la seguridad que tú ya casi te acabaste el corazón. Por qué no intentas mejor usar tu cerebro, también se puede vivir así, te lo aseguro y sin tantos problemas. Con la mente fría se pueden solucionar muchos conflictos que los bloqueos emocionales no pueden resolver.

Claro, sin duda es bonito emocionarse, sentir, vibrar como una cuerda bien templada; coleccionar momentos cálidos e intensos; darle grandes bocanadas a los humos desprendidos del incendio humano; fumarse la vida. Incluso nuestra propia naturaleza es proclive al fuego: el corazón es un horno, la sangre es un fluido caliente, nuestra respiración es una constante combustión. Es más, el signo más evidente de que una persona ha muerto es la frialdad de su cuerpo.

Pero viéndolo bien y despacio, las pasiones, las emociones fuertes te acaban pronto; te consumes, sobre todo cuando tienes que vivir dándole una cara al mundo y anhelas secretamente otra vida que no puedes alcanzar. (Pásame la última)

Si lo piensas bien, en la vida hay dos opciones: vivirla intensamente, con emoción, con instinto, con conciencia del instante, pero sin ninguna garantía de duración, sin la certeza de cuándo se agotará. O bien, garantizar una larga vida fundada en una buena administración, invirtiéndole tranquilidad, austeridad emotiva, renunciando, resignación y aceptación.

Todo tiene un precio y se paga con la propia vida, ya sea de un golpe o en pagos que te van acabando.

El tiempo que tengo de conocerte me ha permitido construir toda una teoría de la vida y sus

circunstancias. ¿Cómo ves?, Podría escribir una tesis bien fundamentada. No, no te creas de todas estas digresiones teóricas, trasnochadas y equívocas.

Finalmente creo que la vida de cada quien es lo único que no se puede programar o sujetar a un patrón establecido, no hay moldes ni cartabones, no hay recetas. Es más, ya no sé ni lo que creo, me desconciertas, se me agotan los argumentos, se me desbaratan las hipótesis.

Hubieras venido mejor en viernes, para seguir conversando sin presiones y terminarnos tranquilamente toda la hielera y con su respectiva botana. Pero, ya ves, mañana hay que levantarse temprano para ir a trabajar. Después seguimos la plática, cuando quieras ya lo sabes, ni lo pienses, yo estoy bien puesto si de algo te sirven mis consejos. Vete con cuidado. No te agüites. Nos vemos.

Ah qué compadre, qué bueno que ya se fue. A veces lo siento como mi conciencia... me confundo, cuando más estoy convencido de que todo va bien... llega y me perturba y... entonces dudo de estar haciendo lo correcto, cuando conozco de cerca otro estilo de vivir. ¡Ah compadre! ya no estoy seguro si te

compadezco por tus penas o... te envidio profundamente.

Pero viendolo bien y despacio, las pasiones, las
Ah que compadre, que bueno que ya se fue. A
cuando más estoy conociendo de que todo ya tiene
llega y me perturba y entonces dudo de estar
haciendo lo correcto, cuando conozco de cerca otro
estilo de vida. Ah compadre, ya no estoy seguro si te
permitido construir toda una teoría de la vida y sus

La llamada

Al salir de la oficina con mayor prisa que de costumbre, buscó algunas monedas en su bolsillo, sólo encontró un par. Ahora el trabajo estaba en hallar en su desesperado recorrido por la ciudad, algún teléfono público que hubiera resultado ileso del vandalismo, tarea tan difícil como encontrarse por afortunada casualidad algún sobreviviente de una especie considerada extinta.

La mediana intimidad que proporciona una cabina telefónica, el nerviosismo previo a la posibilidad de escuchar una voz conocida y amada, son ingredientes indispensables para aquellos que tienen necesidad de comunicarse a distancia. El teléfono ha llegado a ser prolongación de manos, de labios, conjunción de voluntades afines, nexo momentáneo de almas.

Una cabina telefónica, ¡por fin!, contigua a una avenida infectada de humos y rugidos incesantes. Julio tenía la esperanza de que Aurora lo escucharía, debía ser breve, convincente, contundente para que ella no cediera al impulso de colgar la bocina al escuchar su voz.

Todas las circunstancias lo acusaban, no era algún chisme que de manera mal intencionada le hubieran contado para enemistarla con él, no era una sospecha hiriente, nada de eso, ella misma lo había visto: en la íntima mesa, de un íntimo rincón de ese restaurante tan íntimo, él, Julio, estaba acompañado de una mujer muy atractiva, de cabello negro intenso, rostro blanco perfecto, mirada serena y labios de un rojo inhabitual. Por la importancia y delicadeza del asunto, la voz tenía que ser baja y la proximidad mayor para poder escucharse.

Aurora los vio por el espejo del rincón, Julio no se dio cuenta de momento, en su rostro se notaba el apasionamiento que le imprimía a sus palabras, acompañadas de algunos movimientos de manos. Aurora pudo irse y después aclarar el asunto, pero en esos momentos el coraje desbordaba cualquier cautela. Permaneció de pie observando el espejo, sus dos compañeras no notaron la turbación. Inventó una excusa para retirarse del lugar no sin antes hacer un ruido con la silla. En ese instante Julio la vio por el espejo irse a paso rápido, se le heló la sangre, no por estar haciendo algo indebido sino porque sabía que acababa de perder todo el terreno ganado.

Tuvo que continuar, muy a su pesar, la charla con aquella dama que ni siquiera sospechaba el menudo aprieto en el que se encontraba su

acompañante. Sacó fuerza y terminó el asunto que le había ocupado, parecía ser con buenos resultados.

-Aurora jamás me creará -pensó- yo sólo le hice un favor a Saúl, por su timidez en iniciar una relación más cercana con Jaquelin, me pidió encarecidamente que tuviera una plática con ella para facilitar un poco el acercamiento pretendido. Me pareció algo que podía hacer con mucho agrado, por mi facilidad de palabra y porque me gusta ayudar a los amigos. La mejor forma fue esperar la hora de la comida, invitarla a comer para cumplir con mi encomienda, ya que somos compañeros de trabajo. Ella aceptó y pude descubrir en su mirada el gusto que le dio el tema tratado, a decir verdad, había un interés mutuo al que le faltaba un simple empujón. Yo sólo fui un mediador. Sí, eso es lo que yo sé. Pero no lo que Aurora cree.

-Tanto trabajo que me costó irme acercando -continuó en su reflexión- todo el tiempo que tuvo que pasar para poder tener alguna conversación, aunque fuera breve. Fue algo muy extraño: por un lado una atracción irrefrenable hacia ella, por otro lado una barrera que me imponía su personalidad, su prestigiosa gracia, su belleza inconmensurable, el conjunto armonioso de su presencia casi inasequible. Cuando conseguí que por fin y por lo menos me permitiera la dicha de llamarle por teléfono a su casa, supe que había accedido a otro nivel, que esa valiosa oportunidad de hablar con ella debía cuidarla como

oro. Tenía que ser cauto, aquella relación era del más fino cristal, hermoso pero frágil, muy frágil. Debía pues, andar con pies de plomo, un error significaría el final. Quién iba a decir que por andar de buena gente, de p...

Al regresar de comer, vivió las horas más largas de su vida, esperando la salida para ir en busca de algún teléfono público; en la oficina no había la privacidad requerida.

Depositó la moneda, escuchó muy quedo la señal de marcar. Sus dedos marcaron ágilmente su número más querido. Con el pulgar de la mano derecha tapó su oído libre para agudizar su sentido por la izquierda. El ruido de los camiones de pasajeros con sus acelerones, enfrenadas y rayadas, apenas le dejaron oír el sonido de las llamadas. Cuando percibió que descolgaron se apresuró a lanzar su discurso ensayado mil veces por la tarde. Se deshizo en súplicas. Atragantó frases explicativas. Se vació de palabras suavizadoras, piropos, promesas y juramentos. Depositó la otra moneda, continuó con su ardorosa arenga. Su estado alterado y el ruido infernal de la calle lo tenían fuera de sí.

Cuando hubo un momento de silencio, pudo escuchar el sonido intermitente de la comunicación cortada. ¡Qué impotencia! No cabe duda que colgar el teléfono es otra forma de cerrar el corazón.

1998
Fora la Capilla
Alfonso de L.
W. A. N. L.
Josefina Díaz Olivares

Ma. Josefina Díaz Olivares